

estómago y el ano. Esta diferencia de conformacion no es pues sino de mas ó de menos, respecto á que, en la mayor parte de las aves, no solo está separada la faz posterior del estómago del espinazo, por medio de una porcion del tubo intestinal que se encuentra interpuesta, sino que la parte izquierda de esta viscera no está jamás cubierta con ninguna porcion de estos mismos intestinos; y estoy muy distante de considerar esta sola diferencia como una causa capaz de inhabilitar al cuclillo para que empolle sus huevos, como supone un ornitologista. Tampoco es porque este estómago sea muy duro, puesto que siendo membranosas sus ternillas, no es duro en efecto mas que por accidente y cuando está lleno de comida, lo que no tiene lugar en una hembra que empolla. Tampoco es, como han dicho otros, porque el ave tema enfriar su estómago, menos preservado que el de los otros pájaros, porque es claro que correria menos riesgo empollando sus huevos que revoloteando ó posándose sobre los árboles: el casca-nueces está formado del mismo modo, y sin embargo empolla. Por otra parte, no solo se empollan los huevos debajo del estómago, sino tambien debajo toda la parte inferior del cuerpo; si así no fuese la mayor parte de los pájaros que, como las perdices tienen el esternon muy prolongado, no podrían cubrir mas que tres ó cuatro huevos á la vez; y se sabe que el mayor número empolla algunos mas.

En una ocasion encontré en el estómago de un jóven cuclillo que yo criaba un pedazo de carne cocida, casi seca, el cual no habiendo podido pasar por el piloro se habia descompuesto, ó por mejor decir, se habia dividido en fibrillas sumamente delgadas. Otro jóven cuclillo, que se encontró muerto en medio de los bosques á principios de agosto, tenia la membrana interna del ventriculo velluda, y los pelos, que te-

nian algo mas de una linea de largo, parece se dirigen hacia el orificio del esófago. En general se encuentran muy pocas piedrecitas en el estómago de los jóvenes cuclillos, y casi nunca en el de aquellos en donde no hay ningun resto de materias vegetales; pero es natural que se encuentren en el estómago de los que han sido criados por verderones, alondras, y otros pájaros que hacen sus nidos en el suelo. El esternon forma como un ángulo entrante.

Su longitud total es de quince á diez y seis pulgadas; el pico tiene cerca de diez y siete lineas, y los bordes de la mandibula superior están escotados cerca de la punta (pero no en los que son muy jóvenes); las aberturas de la nariz son elípticas, pues están circuidas de un borde saliente, y tienen en el centro un pequeño grano blanquizco que se eleva casi hasta la altura de este borde; la lengua está adelgazada por la punta, mas no ahorquillada; el tarso tiene cerca de una pulgada, y los muslos una pulgada y dos lineas; la uña posterior interna es la menos recia y mas corva; los dos dedos anteriores están unidos á la base por una membrana; la parte inferior del pie zapuda y de grano muy fino; su vuelo tiene unos dos pies y cuatro pulgadas; la cola ocho pulgadas y nueve lineas, está compuesta de diez pennas cuneiformes y es unas dos pulgadas y cuatro lineas mas larga que las alas recogidas.

LOS ANIES.

Así llaman los naturales del Brasil á esta ave, nombre que conservamos nosotros, á pesar de darle los

viageros franceses y modernos nomencladores el de *bout de petun* ó *bout de tabac*, nombre ridículo, que no pudo ser imaginado mas que por el color de su plumage que se parece en lo negruzco á un garrote de tabaco; porque no es verdadero ni probable lo que dice el P. du Tertre, que en su canto pronuncie *petit bout de petun*, por cuanto le han dado los criollos de Cayena una denominacion mas apropiada á su gorgo ordinario, llamándole *quema de canario*, denotando con esto lo que imita el ruido del agua hirviendo en un puchero; y en efec'o es su canto ó gorgo muy variado, segun puede inferirse de las palabras que cita el P. du Tertre. Le han dado así mismo el nombre de *ave diablo* y algunos han llamado á una de sus especies *diablo de las sábanas*, y á la otra *diablo de los mangles*, por morar constantemente los unos en las sábanas, y frecuentar los otros las orillas del mar y las lagunas salobres donde crecen los mangles.

Sus caractéres genéricos consisten en tener dos dedos hácia adelante y dos hácia atrás, el pico corto y corvo, mas grueso que ancho, cuya mandíbula inferior es recta, elevándose la superior en semicírculo hácia su origen. Se estiende esta notable curvatura sobre toda la parte superior del pico hasta poca distancia de su estremidad retorcida; comprímese sobre los lados, y forma una especie de arista que casi corta lo largo del remate de la mandíbula superior, sobre la cual y al rededor se elevan pequeñas plumas adelgazadas, tiesas como cerdas de lechon, largas pocas de media pulgada, y todas dirigidas hácia adelante. Tan singular conformacion del pico basta para conocer estas aves, y parece exigir que se haga de ellas un género particular, el que sin embargo no se compone mas que de dos especies.

EL ANI DE LAS SABANAS.

Este ani es del tamaño de un mirlo; pero su grande cola prolonga su figura, pues tiene ocho pulgadas y dos líneas, lo que escede á la mitad de la longitud total del ave, que solo tiene quince pulgadas y nueve líneas. El pico, largo de quince líneas, tiene mas de once de altura, y es negro como los pies, que tienen unas veinte líneas de alto. La descripcion de los colores será corta: redúcense á un negro apenas matizado de visos violados sobre todo el cuerpo, si se exceptua una pequeña orilla de un verde subido y luciente que orla las plumas del dorso y las coberteras de las alas, pero que no se percibe á cierta distancia, pues estas aves parecen enteramente negras. Las hembras no se distinguen de los machos. Véseles constantemente en bandadas, y son de indole tan social que se reunen muchos en un mismo nido, el cual construyen con ramitas secas sin cuidar del abrigo, y lo hacen tan estremadamente ancho, que tiene muchas veces catorce pulgadas de diámetro: pretenden algunos que ellos proporcionan su capacidad al número de camaradas que quieren admitir. Las hembras empollan en sociedad, y muchas veces se ha visto á cinco ó seis en un mismo nido. Este instinto, cuyo efecto les seria útil en un clima frio, parece por lo menos superfluo en un pais meridional, donde no pueden temer que no se conserve en calor el nido; es, pues, únicamente un impulso de su indole social, porque ellos van juntos ya vuelen, ya descansen, y aun cuando están posados sobre las ramas de los ár-

boles, procuran acercarse lo mas que pueden unos á otros. De este modo gorgéan juntos casi todas las horas del dia, reunidos en tropas, que no bajan de ocho á diez, y que algunas veces suben hasta veinte y cinco ó treinta. Su vuelo es corto y poco elevado, motivo por el cual reposan mas frecuentemente sobre los zarzales y malezas que sobre los grandes árboles. Ni son temerosos ni montaraces, y jamás huyen muy lejos. No les amedrenta el ruido de las armas de fuego, y es cosa facil dispararles repetidas veces; pero nadie los busca, porque su carne no es buena de comer, y aun cuando vivos exhalan muy mal olor. Aliméntanse de semillas, y tambien de pequeñas serpientes, lagartos y otros reptiles: pónanse sobre los bueyes y vacas para comer los garrapatos, gusanos y otros insectos que anidan en su piel.

EL ANI DE LOS MANGLES.

Este es mayor que el otro, y á corta diferencia del tamaño de un grajo; su longitud, comprendiendo la de la cola que se lleva mas de la mitad, es de veinte y una pulgadas; el color de su plumage difiere muy poco en lo negruzco del primero; solo es mas variado por la orla de un brillante verde que termina las plumas del dorso y las coberteras de las alas; de suerte, que si juzgamos por estas diferencias de tamaño y colores, tomaremos estas dos aves por variedades de la misma especie. Pero la prueba de que forman dos distintas especies es que nunca se mezclan; las primeras habitan constantemente las sábanas descubiertas, y las segundas solo se encuentran en

los mangles; tienen estas con todo los mismos hábitos naturales que aquellas; se reunen en bandadas, descansan en las orillas de las aguas salobres, ponen y empollan muchas en un mismo nido, y parecen constituir una raza diferente, acostumbrada á habitar en terreno mas húmedo, donde hay sustento mas abundante por la grande cantidad de pequeños reptiles é insectos que produce.

Al acabar este artículo he recibido una carta del caballero Lefebvre-Deshayes, relativa á las aves de Santo Domingo, de la que doy en extracto lo que él nota sobre la presente.

«Esta ave es de las mas comunes en la isla de Santo Domingo... Nómbranla los negros diferentemente, llamándola, *bout de tabac. amangona, papagayo negro*, etc. Atendida la estructura de sus alas, su vuelo corto y lo liviano de su peso á proporcion de su volúmen, conoceráse facilmente ser ave indígena de estos climas del Nuevo Mundo. ¿Cómo con tan corto vuelo y alas tan débiles, hubiera salvado el vasto intervalo que separa los continentes..? Su especie es particular de la América meridional. Al volar estiene y alarga su cola: pero su vuelo no es tan ligero ni sostenido como el de los papagayos. No puede resistir al viento, y los huracanes destruyen muchas de estas aves.

«Habitan los parages cultivados ó los que antiguamente lo fueron, y jamás se las ve en los bosques frondosos. Aliméntanse de diversas especies de semillas y de frutos y granos del pais, como mijo, maiz, arroz, etc. En tiempo de escasez persiguen á las orugas y otros insectos. Su canto es mas bien un chifido ó un piar muy sencillo; y aunque sea á veces mas variado, es siempre agrio y desagradable. Múdale segun son las pasiones que le agitan. No bien percibe algun gato ú otro animal dañino, avisa al instante á

sus compañeros con un grito muy perceptible, el que prolonga y repite mientras dura el peligro. Es sobre todo notable su temor cuando cria sus polluelos, porque no cesa de agitarse y volar al rededor de su nido. Viven en sociedad, aunque no forman tan numerosas bandadas como los estorninos; no se apartan un punto los unos de los otros: antes del tiempo en que ponen vense machos y hembras en gran número trabajar en la construcción de un nido; en seguida muchas hembras empollar juntas cada cual sus huevos y criar sus polluelos. Es tanto mas admirable esta armonía, cuanto el amor entre los animales rompe continuamente los vínculos que los unian á otros individuos de su especie. Entran en calor muy temprano: desde el mes de febrero buscan los machos con ardor á las hembras; y al siguiente mes ya se ocupa la amorosa pareja en reunir los materiales para la construcción del nido. He dicho amorosa, porque ellos parecen serlo tanto como los gorriones; y en la estación que dura su ardor son mucho mas vivos y alegres que en cualquier otro tiempo... Anidan sobre los arbustos, en los cafetales, zarzales y los setos, y colocan el nido en el parage donde el tronco se divide en muchas ramas. Cuando muchas hembras anidan juntas, la mas precisada no espera á las demás, que mientras que ella empolla ensanchan el nido. Las hembras acostumbran, á medida que ponen, cubrir sus huevos con hojas ó tallos de yerba, precaucion que no es ordinaria á las aves. Cubren igualmente sus huevos mientras la incubacion, cuando el cuidado de buscar alimento las precisa á dejarlos. Cuando empollan en un mismo nido no se incomodan mutuamente como las gallinas en una cesta comun; colócanse las unas despues de las otras; algunas antes de poner forman con tallos una separacion en el nido para colocar juntos sus huevos, y en el caso de mezclarse unos

con otros, una sola hembra los empolla todos; y es de ver como los reúne, amontona y cubre con hojas para que se reparta el calor y no se disipe. Cada hembra pone muchos huevos. Su nido es sólido aunque tosco, y constrúyelo con tallos de plantas filamentosas, ramas de limonero y otros arbustos: solamente lo interior está acolchado y cubierto de hojas tiernas que pronto se marchitan; y sobre este hojoso lecho depositan sus huevos. Sus nidos son muy anchos de boca, sus orillas muy elevadas; hay algunos, cuyo diámetro pasa de veinte y una pulgadas; pero su capacidad depende del número de hembras que han de poner en él. Dificil seria decir con certeza si cada una de las hembras que ponen en un mismo nido tiene su macho: tal vez baste un macho á muchas hembras; por lo que se ven estas obligadas á reunirse al tiempo de construir los nidos, en cuyo caso no podríamos atribuir su union á la amistad sino á la necesidad que unas de otras tienen. Sus huevos son del tamaño de los del palomo, su color es verdemar uniforme, pues no tienen manchitas en las estremidades como la mayor parte de las aves silvestres. Parece que ponen dos ó tres veces al año; pero esto depende del éxito de la primera cria, que si es feliz, aguardan al fin de la estación antes de empezar otra; pero si no llegó con bien, si les han quitado los huevos, ó se los han comido las culebras ó ratas, empiezan otra cria poco despues de la primera: á fines de julio ó por todo agosto empiezan la tercera. Lo cierto es que en los meses de marzo, mayo y agosto se encuentran nidos de estas aves. Por fin son fáciles de domesticar, y dícese que cogiéndolas jóvenes se las puede educar, como á los papagayos y enseñarlas á hablar, á pesar de que su lengua aplanada y que termina en punta, se diferencia mucho de la del papagayo, que es carnosa, espesa y redondeada.

La misma amistad, la misma armonía que en nada se altera durante la incubacion, continúa así que los polluelos han nacido; y las madres, despues de haber empollado juntas, dan sucesivamente de comer á la parva. Los machos las ayudan á buscar los alimentos. Pero si las hembras empollaron separadamente, tambien crian aparte sus polluelos, sin que por esto nazcan celos. Tráenles la comida, que reparten por turno, y los polluelos la toman indiferentemente de todas las madres. La clase de alimento que les dan depende de la estacion, y consiste en orugas, gusanos ó insectos, frutos, semillas, como mijo, maiz, arroz, avena, etc. Al cabo de algunas semanas ha adquirido ya la parva fuerzas bastantes para aventurarse al vuelo; pero no se aleja mucho: poco despues van á recogerse junto á sus padres sobre los arbustos, y entonces es cuando se apoderan de ellos las aves de rapiña.

El aní no es ave dañina; no devasta los arrozales como el mirlo; no come las almadrás del coco como el carpintero (el pico); ni destruye los mijales como los papagayos y cotorras.

EL HUTU Ó MOMOT.

Le conservamos á esta ave el nombre de hutú, que le dieron los naturales de Guayana, y que le conviene perfectamente, por ser el sonido de su voz. No salta sin que articule distinta aunque bruscamente *hutú*. Pronúncialo en tono grave, y creeria cualquiera oír á un hombre, lo que bastaria para reconocer á esta ave cuando viva, ya esté libre ó domesticada.

Fernandez, el primero que habló del hutú, no reparó que le indicaba bajo dos diversos nombres; y esta falta ha sido copiada por todos los nomencladores, que tambien han hecho dos aves de una sola. Marcgrave es el único entre los naturalistas que no se ha engañado. El error de Fernandez procede de haber visto una de estas aves con sola una penna sin barbas, y creyó ser esta una conformacion natural, cuando sucede lo contrario, porque todas las aves tienen por necesidad las pennas á pares y semejantes, así como los demas animales tienen las dos piernas ó los brazos uniformes. Parece pues que en el individuo que vió Fernandez, la penna que faltaba habia sido arrancada ó se habia caído por accidente, pues los demas individuos no presentan semejante diferencia: por lo que puede presumirse con fundamento que esta segunda ave, que no tenia mas que una penna sin barbas, era un individuo mutilado.

El hutú es del tamaño de una urraca. Su longitud, hasta la estremidad de las grandes pennas de la cola, es de veinte pulgadas y una linea. Tiene los dedos del modo que las arvelas, manaquines, etc.; pero lo que le distingue de estos animales y aun de todos los demas, es la forma de su pico que, sin ser de longitud desproporcionada al grandor del cuerpo, es de figura cónica, torcido hácia abajo y dentellado en los bordes de ambas mandíbulas. Este carácter del pico bastaria tambien para reconocerle: tiene sin embargo otra cosa peculiar, y es que entre las dos largas plumas medias de la cola y á poca distancia de su estremidad, deja un intervalo de cerca de una pulgada y dos lineas de longitud, el cual queda de todo claro ó sin barbas, en términos que el tronco de la pluma se ve desnudo: esto, sin embargo, se observa tan solo en los adultos, porque en los jóvenes

están estas plumas, como las demas, revestidas de barbas en toda su longitud. Creyeron algunos no ser cosa natural esa desnudez de plumas en la cola, atribuyéndola á un capricho del ave que tal vez arranca las barbas de sus plumas en aquel intervalo: sin embargo, se ha observado que en los jóvenes estas barbas son continuas y enteras, cuando á medida que envejecen se van acortando, de suerte que en los viejos desaparecen enteramente.

Observaremos con todo que en general varían los colores segun la edad ó el sexo, pues sehan visto algunas de estas aves mucho menos manchadas que otras.

Criaselas dificilmente, por mas que Pison diga lo contrario; pues como se alimentan de insectos, no es fácil encontrárselos á su gusto. No se puede alimentar á las que se cogen viejas, porque se ponen tristes y desechan constantemente la comida. Es por otra parte ave silvestre y solitaria, que solo se encuentra en lo interior de los bosques; ni va en bandadas, ni en parejas; véelas casi siempre solas en el suelo ó sobre las ramas poco elevadas, pues por decirlo así, no vuelan; dan saltitos muy vivos, prorumpiendo precipitadamente en su grito de *lutú*. Dispiértase muy de mañana, y óyesela antes que las demas aves empiezan su canto. Mal informado estaba Pison cuando dijo que esta ave anidaba en los grandes árboles, pues no solo no hace allí su nido, sino que nunca sube á ellos, contentándose con buscar en el suelo algun agujero de armadillos ú otros pequeños cuadrúpedos, á donde coaduce tallecitos de yerbas secas para depositar sus huevos, que por lo regular son dos. Por último, estas aves son muy comunes en el interior de la Guayana; pero rara vez frecuentan los alrededores de poblado. Su carne es seca y no muy buena de comer. Engañóse tambien Pison diciendo que se alimentaban de frutos; y por ser este

el tercer error en que ha incurrido con relacion á sus hábitos naturales, díriase con razon que aplicó los hechos históricos de otra ave á esta, que probablemente no conocia, y cuya descripcion no nos dió despues de Maregrave; pues ello es cierto que el *lutú* es el *guira-guai-numbi* de Maregrave, que no se domestica facilmente, que no es bueno de comer, y que en fin no posa ni anida sobre los árboles ni se alimenta de frutos, como supone Pison.

LAS ABUBILLAS, LOS PROMEROPES

Y LOS ABEJARUCOS.

Si es cierto que las comparaciones son el mejor medio para venir en conocimiento de alguna cosa, eso será principalmente cuando se trate de objetos que tienen calidades comunes y que se parecen bajo muchos aspectos. Tales objetos nunca se comparan bastante, y jamás debe uno cansarse de mirarlos bajo un mismo punto de vista: de ello nace una luz que frecuentemente señala diferencias reales donde no se percibieron mas que falsas analogías, por haber aislado los objetos y observádoles solamente uno despues de otro. Por esto he debido reunir en un solo artículo lo que he de decir en general sobre los tres géneros muy parecidos de las abubillas, los promeropes y los abejarucos.

Es bien conocida nuestra abubilla por su bello penacho doble, casi único en su especie; á mas de que no se parece á ningun otro sino es á la delos cacaúas por su pico largo, delgado y corvo, no me-

nos que por sus pies cortos. La abubilla negra y blanca del Cabo difiere en mucho de la nuestra, especialmente por su pico mas corto y afilado, segun se verá en las descripciones; aunque ha sido preciso referirla á este género, que es el mas afine que conocemos.

Los proméropes presentan tanta analogía con el género de la abubilla, que, adoptando por un momento los principios de los metodistas, podria decirse que son abubillas sin moño; pero lo cierto es que son algo mas zancudos, y que comunmente tienen la cola mucho mas larga.

Los abejarucos se parecen por sus pies cortos así á la abubilla como á la arvela, pero mas particularmente á esta por la singular disposicion de sus dedos, de los cuales el medio está adherido al esterno hasta la tercera falanje, y al inferior hasta la primera solamente. Su pico, que es bastante ancho y recio en la base, forma gradacion entre los delgados picos de las abubillas y proméropes por un lado, y por otro entre los largos, rectos y afilados de las arvelas: acérquese con todo algo mas á aquellos que á estos, por que viven como ellos de insectos, y no de pececillos como las arvelas; puesto que es bien sabido cuanto influyen en la eleccion de alimentos la fuerza y conformacion del pico.

Encuéntanse aun algunos vestigios de analogía entre el género de los abejarucos y el de las arvelas. Primero, el bello color verdemar, que no es muy comun entre las aves de Europa, embellece el plumage de entrambos. En segundo lugar, en la mayor parte de las especies de abejarucos las dos plumas intermedias de la cola esceden en mucho á las laterales; y la arvela nos presenta tambien en algunas especies el mismo esceso en dichas plumas. Ultimamente, ofrécenos así mismo especies que tienen el

pico algo corvo á semejanza de los abejarucos.

Por otra parte, por mas afines que sean los dos géneros, la naturaleza siempre libre, fecunda siempre, ha sabido separarlos, ó por mejor decir, confundirlos entre sí por gradaciones intermedias, que llevan consigo mas ó menos caracteres del uno ó del otro, siendo abejarucos ó proméropes segun las partes que nosotros miramos. Yo atribuyo á este pequeño género intermedio, ó si se quiere ambiguo, el nombre de *mérope*.

Esas diversas aves que tienen tanta semejanza entre sí, se parecen además por el tamaño. En cada uno de estos géneros las especies mayores no lo son mas que los tordos, y las mas pequeñas tampoco lo son mas que los gorriones y papafigos; y si hay algunas excepciones son en corto número y las mismas que existen tambien en estos diferentes géneros.

Por lo tocante al clima, no es el mismo para todos. Encuéntanse los proméropes en Asia, Africa y América; jamás se han visto en Europa; y si tuvieron su origen en el antiguo continente, debieron pasar al nuevo por el norte de Asia. La abubilla pertenece esclusivamente al antiguo, y digo otro tanto de los abejarucos, á pesar de haber visto la figura de un ave que lleva el nombre de abejaruco de Cayena. Hay razones para dudar que sea originario de esta isla: ornitólogos que han hecho muchos viages á ella, no le vieron nunca, y el individuo de cuya figura acabo de hacer mencion, es hasta el presente, el único en Paris, sin embargo de ser en general muy comunes las aves de Cayena.

LA ABUBILLA.

Un autor muy acreditado en materia de ornitología (Belon) dijo que esta ave tomó su nombre del

grande y bello moño que corona su cabeza: lo contrario hubiera dicho si atendiera á que el nombre latino de esta ave *upupa*, del que se formó el francés *huppe*, es no solamente anterior de algunos siglos á este, que significa en nuestra lengua un copete de plumas que adornan la cabeza de ciertas especies de aves, sino aun mas antiguo que nuestro mismo idioma, el que adoptó el nombre propio de la especie de que se trata para espresar en general su mas notable atributo.

Este penacho está naturalmente caído hácia atrás, ya vuela ya coma la abubilla; en una palabra, mientras esté libre de toda agitacion interior. Tuve ocasion de ver á una de ellas que habia sido cogida en una red. Era ya vieja, ó por lo menos adulta, y por consiguiente tenia todos sus hábitos naturales. Su cariño hácia la persona que la cuidaba, era violento en extremo y exclusivo; de suerte, que no parecia estar contenta mas que al verse sola con ella. Si entraba algun extraño, alzaba su copete por efecto de sorpresa ó inquietud, é iba á refugiarse sobre el cielo de una cama que se veia en la misma sala; aventurábase algunas veces á bajar de su asilo para volar hácia su ama; ocupábase únicamente de esta ama querida, y parecia no ver mas que á ella. Tenia dos cantos bien diferentes: el uno mas dulce, íntimo y tierno; el otro mas agrio y penetrante, que espresaba la cólera ó el espanto. Nunca la enjaulaban ni de día ni de noche y érale permitido correr por toda la casa. A pesar de estar muchas veces abiertas las ventanas, jamás le provocó el deseo de escaparse, y su cariño pudo mas que el amor á la libertad. Con todo eso se escapó por fin; mas fué por efecto del temor, pasion poderosa en los animales, puesto que nace del instinto de su propia conservacion. Huyó, pues, un dia en que la habia espantado la vista de algun objeto nuevo; pero alejose

muy poco y no pudiendo volver á su albergue dejóse caer en la celda de una religiosa que tenia la ventana abierta: tan necesaria habia llegado á serle la sociedad del hombre. Aquí encontró la muerte porque no supieron que darle para comer. Tres ó cuatro meses habia vivido en su primera condicion con un poco de pan y queso por toda comida. Otra abubilla fue alimentada diez y ocho meses con carne cruda; mirábala con pasion, y lanzábase para tomarla de la mano, y rehusaba la cocida. Tal apetito por la carne cruda indica una conformidad de naturaleza entre las aves de rapiña y las insectívoras, que pueden mirarse en efecto como aves de pequeña rapiña.

El alimento mas comun de la abubilla en estado de libertad son los insectos en general, y sobre todo los terrestres, por gustar mas posar en tierra que sobre los árboles. Llamo yo insectos terrestres á los que pasan la vida ó por lo menos algunos periodos de ella, en la tierra ó su superficie: tales son los escarabajos, hormigas, gusanos, señoritas, abejas silvestres, muchas especies de orugas: este es el verdadero cebo que atrae á las abubillas á los terrenos húmedos, que su largo y adelgazado pico puede fácilmente penetrar; esto es lo que en Egipto la determina, asi como á otras muchas aves, á regular su marcha sobre la retirada de las aguas del Nilo, y á avanzar constantemente hácia sus orillas; porque á medida que el río vuelve á su madre deja sucesivamente en seco llanuras estercoladas de un lodo que el sol calienta y que pronto bulle con innumerable multitud de toda suerte de insectos; asi es como las abubillas pasajeras están entonces muy gordas y son buenas de comer. He dicho pasajeras, porque en el mismo pais las hay sedentarias que se ven muchas veces sobre las palmeras en los alrededores de Roseta y que no se comen. Encuéntranse tambien estas en gran número en

la ciudad del Cairo, donde con toda seguridad anidan sobre las azoteas de las casas. Puede fácilmente concebirse que son mejores para comer las que habitan lejos del hombre en las campiñas desiertas, que no las que viven en los alrededores de una ciudad populosa ó en los grandes caminos que á ella conducen: buscan las primeras su sustento, es decir, los insectos, entre el lodo y tierras húmedas, en una palabra, en el seno de la naturaleza; cuando las segundas lo verifican entre las inmundicias de toda especie que abundan donde se encuentran los hombres reunidos en gran número, cosa que no puede menos de inspirar hastio por las de las ciudades y dar mal humillo á su carne. Hay una tercera clase media entre las otras dos, que habiéndose establecido en nuestros jardines, encuentra allí orugas y gusanos de tierra para su alimento. Por último, convienen todos en que la carne de esta ave, que pasa por tan sucia, no tiene otro defecto que un resabio de almizcle; siendo esta la razón porque los gatos, aunque tan golosos de las aves no cazan la abubilla.

En Egipto van las abubillas, segun dicen, en pequeñas bandadas, y cuando se ha separado una de ellas, llama á sus compañeras con un grito fuerte y agudo, en dos tiempos, *zi, zi*. En la mayor parte de los otros países van solas ó á lo mas en parejas. Alguna vez al tiempo de la emigracion encuéntranse en gran número en una misma comarca, pero son mas bien una multitud de individuos solitarios á quienes no une ningun vínculo social y que no pueden por consiguiente formar una verdadera bandada: por esto se escapan unas despues de otras cuando las abuyentan. Por otra parte, como tienen todas la misma organizacion, estan afectadas y deben serlo por las mismas causas; y esta es la razón porque en sus viajes se dirigen todas á unos mismos climas, casi si-

guiendo el mismo camino. Encuéntranse esparcidas por casi todo el antiguo continente desde Suecia, en cuyas selvas habitan, y aun desde las Orcadas y la Laponia, hasta las Canarias y el cabo de Buena-Esperanza de un lado, y hasta las islas de Ceylan y Java de otro. En toda Europa, incluso los bellos climas de Grecia é Italia, son aves pasageras que no se ven durante el invierno. Hânse visto algunas veces en el mar; y algunos observadores las colocan entre las aves que en la isla de Malta se ven pasar dos veces al año. Pero es fuerza confesar que no siguen siempre la misma direccion, por encontrarse en un año muchas en un mismo país, y pocas ó ninguna al siguiente: fuera de esto, hay países, como la Inglaterra, donde son muy raras y no anidan jamás; hay otros que evitan en todos tiempos, como el Bugey, á pesar de ser país montañoso: prueba de que no se agradan de las montañas, por lo menos no tanto como opinó Aristóteles. No es este solo el hecho que destruye el aserto del filósofo; porque las abubillas establecen todos los días su domicilio en medio de nuestras llanuras, y con frecuencia se encuentran sobre los árboles solitarios que crecen en las islas arenosas, tales como la de Camarga en la Provenza. Frisch dice que tienen, como los picos, la facultad de trepar por la corteza de los árboles; cosa muy conforme á la analogía, por poner ellas como aquellos en los agujeros de los árboles. Aquí depositan muchas veces sus huevos, así como en las grietas de las paredes, sobre el mantillo ó polvo que de ordinario se encuentra en el fondo de esas cavidades, sin acolcharlos, dice Aristóteles, con paja ni camita. Sin embargo, esta regla tiene sus escepciones, aparentes por lo menos: de seis parvas que me trajeron, cuatro en efecto ví sin cama; las otras dos tenían su colchon muy blando, compuesto de hojas, musgo, lana, plumas, etc. No obstante, puede to-

do conciliarse, por ser muy posible que la abubilla no guarnezca jamás su nido de musgo ni otra cosa, pero que coloque alguna vez sus huevos en los agujeros que el año precedente ocuparon los picos, torcecuellos, paros y otras aves, cada cual siguiendo su instinto.

Hase dicho mucho tiempo há, y repetidose mucho que la abubilla enjalbegaba su nido con las materias mas infectas, de estiércol de lobo, zorro, caballo y vaca, de inmundicias de toda suerte de animales, sin escepcion del hombre: y se añade que lo hace para ahuyentar con el mal olor á los enemigos de su pollada; pero no prueba ningun hecho tal intencion, porque la abubilla no tiene, como la sitella, la costumbre de empegar el orificio de su nido. Es por otra parte muy cierto que sus nidos son muy sucios é infectos, inconveniente que necesariamente resulta de su misma forma, que tiene muchas veces catorce, diez y siete, y hasta veinte y una pulgadas de profundidad. Cuando salen del huevo los polluelos, débiles aun, no pueden echar fuera su excremento: permanecen, pues, muy largo tiempo en medio de su inmundicia; de suerte, que no pueden tocarse sin emporcarse los dedos. De esto vino sin duda el proverbio: «sucio como una abubilla.» Pero induciríamos á error este proverbio si de él concluyésemos que la abubilla es propensa ó tiene hábito de suciedad. En tanto que solo procura lo necesario para sus polluelos, no percibe el mal olor: pero en cualquier otra circunstancia desmiente muy bien el refran. La abubilla de que hablé poco ha, no solo no se ensució nunca sobre su ama, ni sobre los muebles, ni en medio de la sala, sino que se retiraba siempre sobre el cielo de la cama donde se refugiaha cuando la espantaban: y no puede menos de confesarse la buena eleccion del sitio lejano á la vez, oculto y el menos accesible.

Ponen las hembras desde dos á siete huevos, mas comunmente cuatro ó cinco, casi del tamaño de los de perdiz; su color es parduzco, y no salen todos á un mismo tiempo. Trajéronme una cria, donde habia tres pequeñas abubillas de tamaño muy desigual, en la mayor las plumas largas de la cola tenian fuera del cañon veinte y una lineas; y en la mas pequeña ocho solamente. Se ha visto muchas veces á la madre llevar de comer á sus hijos, pero jamás oí decir que hiciese el padre otro tanto. Como no se les vé en bandadas, es natural creer que se dispersa la familia desde que los hijuelos se ven en estado de volar; y esto es mas probable si es verdadero lo que dicen los autores de la *Ornitologia italiana*, de que hagan tres crias al año. Los de la primera pueden ya volar á últimos de junio. A estos pocos hechos se reduce lo que he podido indagar sobre sus crias y la educacion de sus polluelos.

El grito del macho es *bu, bu, bu*, que se oye especialmente en la primavera y de muy lejos. Los que le han escuchado con atencion pretenden haber observado diferentes inflexiones, diferentes acentos apropiados á diversas circunstancias: ya un gemido sordo que anuncia cercana lluvia, ya un grito mas agudo que advierte la aparicion de una zorra, etc. Esta observacion presenta cierta analogia con las dos voces de la abubilla domesticada de que hablé. Gustaba ésta del sonido de los instrumentos: siempre que su ama tocaba el clave ó el bandolin, colocábase sobre ellos ó lo mas cerca posible; y manteníase allí en tanto que su ama no dejaba de tocar.

Preténdese que nunca va á beber á las fuentes, y que por esto muy rara vez se coge en los lazos ni menos en los bebederos. Es cierto que la que mataron en Inglaterra en el bosque de Epping habia huido de lazos que la tenian preparados antes de dispa-

rarla para cogerla viva; pero tampoco lo es menos que la domesticada que cité habia sido cogida muchas veces en la red, y que bebia de cuando en cuando, metiendo con violencia su pico en el agua sin sacarle al instante como otras muchas aves. Probablemente tiene la facultad de hacer subir la bebida por una especie de succion. Por fin, conserva ese movimiento atropellado del pico aun cuando no coma ni beba, y vénele sin duda este hábito del que tiene en su estado salvaje para coger los insectos, picar los vástagos, y meter su pico en el lodo y los hormigueros en busca de los gusanos, huevos de hormigas, y puede que solo de la humedad de la tierra. Quanto mas difícil es que las abubillas caigan en los lazos, tanto mas fácil es tirarlas, porque dejan que se les acerquen bastante, y su vuelo aunque sinuoso y saltado es poco rápido y presenta á los cazadores, ó si se quiere á los meros aficionados muy poca dificultad. Cuando echan á volar baten las alas como los frailecillos, y andan por el suelo con movimiento uniforme como las gallinas.

Abandonan nuestros países septentrionales á fines del verano ó principios del otoño, y jamas aguardan los frios rigurosos; pero aunque en general sean aves de paso en Europa, puede haber sucedido que en ciertas circunstancias se hayan domiciliado algunas en el punto donde se encontraban, como por ejemplo, las que al tiempo de la emigracion estuviesen heridas, enfermas, harto jóvenes aun, ó en una palabra, demasiado débiles para emprender tan largo viage; ó las que se hallasen detenidas por algun otro obstáculo, en cuyo caso debieron abrigarse en los mismos agujeros que las sirvieron de nido, pasando el invierno atarecidas y medio muertas, y pudiendo apenas recobrar las plumas que perdieron de resultas de la muda: en tal estado las encontrarian algunos caza-

dores, tomando de aquí ocasion para decir que pasaban el invierno en los árboles huecos, aletargadas y sin plumas, como se ha dicho de los cuclillos con no mayor fundamento.

Segun algunos, era la abubilla entre los egipcios el emblema de la piedad filial; decíase que los hijos cuidaban á sus padres cuando viejos; calentábanlos bajo sus alas; ayudábanlos á quitarles las plumas en una muda trabajosa; soplabanles los ojos cuando malos, y les aplicaban yerbas saludables; en una palabra, volvíanles todos los cuidados que recibieron en su edad tierna. Casi otro tanto se ha dicho de la cigüeña: ¡ojalá pudiese decirse lo mismo de toda suerte de animales!

La abubilla, segun Olina, no vive mas que tres años, debiéndose esto aplicar á la domesticada, cuya vida acertamos por no poderla dar los alimentos que la convienen, y cuyos dias podemos contar fácilmente por no perderla nunca de vista: no seria fácil calcular los de la silvestre, mucho menos siendo ave pasajera.

Como tiene muchas plumas, parece mas abultada de lo que es en efecto; acércase al tordo por su tamaño; su peso es de dos onzas y media hasta tres ó cuatro, segun su gordura.

Su moño es longitudinal y se compone de dos líneas de plumas iguales y paralelas entre sí; las medias de cada hilera son las mas largas, y elevandose todas, forman un semicírculo de unas tres pulgadas de alto. Todas las plumas son pajizas con el extremo negro; y las del medio, así como las inmediatas, están pintadas de blanco entre dichos colores. Mas atrás tienen aun seis ú ocho plumas pertenecientes tambien al moño, y estas son enteramente pajizas y las mas cortas.

Lo restante de la cabeza y la parte anterior del

ave es de un gris que unas veces tira á color vinoso y otras á pajizo; su dorso, gris en la parte anterior, está listado transversalmente en la posterior con un blanco sucio en campo oscuro. Tiene una placa blanca sobre la rabadilla. Las coberteras superiores de la cola son negruzcas; el vientre y lo restante de la parte inferior del cuerpo, de un blanco rubio; las alas y la cola negras listadas de blanco, y el campo de las plumas apizarrado.

De tan diversos colores, así esparcidos por todo su plumage, resulta una especie de diseño regular que produce muy buen efecto cuando el ave enhiesta su moño, estiende sus alas y levanta y despliega su cola, como lo hace con frecuencia: entonces la parte de las alas mas cercana al dorso presenta por ambos lados unas listas transversales negras y blancas, perpendiculares con corta diferencia al eje del cuerpo; la mas alta de estas rayitas tiene un tinte rojo y se une á una herradura del mismo color que está diseñada en el dorso, cuya curvatura está tocando con la placa blanca de la rabadilla; la mas baja, que orla el ala en la mitad de su circunferencia, se une con otra faja blanca mas ancha, que atraviesa esta misma ala á dos dedos de su remate con direccion paralela al eje del cuerpo. Esta última rayita blanca se une tambien á una media luna del mismo color, que atraviesa la cola á igual distancia de su estremidad y forma con ella el cuadro. Figúrese el lector tan bella pintura coronada de un alto copete de color de oro con orla negra, y tendrá del plumage de la abubilla una idea mucho mas clara y justa que la que quisiera darse describiendo cada pluma y barba de por sí.

Todas las fajas blancas que se ven en la faz superior del ala aparecen igualmente en la inferior, y presentan el mismo golpe de vista cuando el ave vuela y se la puede ver por debajo, á escepcion del blanco

que es mas puro, menos empañado y con menos mezcla de rojo.

Vi una hembra, cuyo sexo reconocí muy bien por la diseccion, la que tenia los mismos colores. Acaso era algo vieja; pero lo cierto es que era del mismo tamaño del macho, por mas que digan los autores de la *Ornitología italiana*.

LA PROMERUSA.

Colócase naturalmente esta especie entre las abubillas y los proméropes, por llevar sobre la cabeza un copete de largas plumas que caen hácia atrás, las que si se levantasen, formarían al parecer un moño poco diferente del de nuestra abubilla; á mas de que, aunque se diferenciase un tanto de esta, siempre sería cierto que por esto solo se acerca mas esta ave á nuestra abubilla que á ningun proméropo: mas por otra parte se acerca á este y se aleja de aquella por la escisiva longitud de su cola.

EL MÉROPE ROJO Y AZUL.

Seba, á quien debemos el conocimiento de esta ave, parece que quedó deslumbrado por su plumage; y con razon, porque brilla en su cabeza, garganta y parte inferior del cuerpo el color de rubí, que aparece tambien, aunque un poco mas subido, en las co-